

Instituto, descendió de la prisión al patíbulo para ascender a la inmortalidad».

EDUARDO ZULETA ANGEL

(Del diario *Colombia*, de 24 de marzo).

A LA MEMORIA

DEL DR. RAFAEL M. CARRASQUILLA

**Magna oración pronunciada ayer por el Illmo.
Sr. Tiberio de J. Salazar y Herrera en el
Instituto Universitario**

Digno y justo es que la ciudad de Manizales, siempre hidalga y generosa, ofrezca el tributo de su admiración y de lágrimas a la memoria veneranda del ilustre sacerdote que acaba de bajar al sepulcro en medio de manifestaciones de sentimiento profundo en todos los colombianos.

El benemérito y popular doctor Rafael María Carrasquilla, rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y Canónigo Teologal de la iglesia metropolitana de Bogotá, ha desaparecido de en medio de los vivos, su figura egregia se ha ocultado entre las blancas brumas de la eternidad misteriosa. Apagó sus luces un astro de primera magnitud en el cielo de la patria, se ha ocultado la estrella polar de la juventud colombiana, extinguióse de repente la antorcha que iluminaba las aulas de Fray Cristóbal de Torres, yace en silencio la cátedra donde resonaba la voz poderosa de la verdad católica ataviada con las galas de la literatuta clásica española.

A ninguna persona de mediana cultura le son desconocidos los méritos del sacerdote preclaro cuya muerte lamentamos. La fama de sus virtudes y de su ciencia ha traspasado los límites de la patria y estamos seguros

de que la noticia de su desaparición ha llegado ya a muchos centros de cultura en las naciones civilizadas.

Muchos son los jóvenes de esta ciudad y de otras del país, que tuvieron la fortuna invaluable de escuchar sus lecciones metódicas y claras en las ciencias de la filosofía y del derecho; que pudieron comprender cuánto vale esa nobleza personal que da la fe, cuánto un teólogo acabado, predicador apostólico, maestro, no de la letra solamente, sino del espíritu y del ejemplo, un sacerdote digno de este nombre, es decir, conforme a la Institución y ejemplos de Jesucristo.

Hombres virtuosos y letrados harán el recuento exacto de sus virtudes, poniéndolas de relieve con el fuego encendido de su palabra y colocarán sobre su frente consagrada los laureles del triunfo y de la inmortalidad. Cuando hagan la apoteosis de su nombre como profesor y pedagogo, lo escribirán también con letras de oro entre los escritores más prominentes del habla castellana. Por lo que a mí toca, mi comisión, aunque honrosa sobre manera, es muy sencilla: vengo solamente invitado por el grupo selecto de caballeros que iniciaron esta justa manifestación, a colocar sobre el sepulcro del doctor Carrasquilla la flor de un recuerdo piadoso y fraternal, en mi calidad de sacerdote y amigo.

Cuando se habla de un guerrero, o de un caudillo de partido, se puede tejer una historia colmada de azares y peripecias que le dan vivísimo interés, pero cuando se habla de un sacerdote, en su carácter de tal, siquiera sea él santo y sabio, su biografía se reduce a enumerar los cargos que desempeñó, y su elogio se compendia en decir que cumplió con fidelidad sus delicados deberes de sacerdote. Mas, al formular un recuerdo a la memoria del venerable sacerdote cuya muerte lamentamos, no podemos pasar en silencio su doble carácter de educador consciente y escogido de la juventud colombiana y ora-

dor sagrado de alto vuelo, digno de ser comparado con aquellas figuras excelsas que se llamaron Juan Crisóstomo, Benigno Bossuet, Ravnigan y Juan de Avila.

Educar, en rigor etimológico, es extraer, hacer crecer, alimentar, forzar al individuo. Extraer una cosa de otra como deduce y saca el jardinero de un brote de su jardín una hermosa mata de claveles; de una semilla un árbol lozano y pomposo, de un despreciable ingerto abundante y sazonado fruto. «Se me ofrece, decía Pestalozzi, la sana educación simbolizada en un árbol plantado junto a una fertilizadora corriente. Plántase en el suelo una semilla insignificante que contiene el germen del árbol, en forma y proporciones. Mira cuál germina, lanza su tallo, ramos, hojas y flores y frutos.

«Es todo el árbol una no interrumpida cadena de partes orgánicas cuyo diseño existe en su semilla y raíz. El hombre es semejante a este árbol. En el joven que se educa yacen ocultas todas estas facultades que han de desarrollarse durante la vida». Acomodándose al verdadero concepto de la educación, escribía el padre Manjón: «Tiene por efecto hacer hombres perfectos con la perfección que cuadra a su doble naturaleza, espiritual y corporal, en relación con su doble destino temporal y eterno».

No siendo el maestro un simple espectador, sino un principio activo incontrastable en la dirección de sus discípulos, es necesario que el educador sienta su corazón alentado por el amor de aquel a quien educa; sólo así podrá vigorizar su voluntad y hacer llevaderos los oficios enojosos de su ministerio. La educación no sólo ha de cultivar el entendimiento y prepararlo para la ciencia, sino que ha de formar la voluntad y prepararlo para la virtud; hé aquí el último y supremo carácter



de la educación. Convertir, por consiguiente, un entendimiento informe, una voluntad inerte y un carácter indefinido, en un hombre de cuerpo vigoroso, de entendimiento recto, de voluntad firme y de carácter equilibrado, eso es educar.

La obra de subyugar toda la Europa, como Napoleón, o haber acabado grandes campañas como Alejandro, o haber hecho sorprendentes descubrimientos como Edison, de haber escalado todos los honores y recogido todos los tesoros, es nada en comparación de la misión sublime de educar almas, formar hombres y perfeccionar caracteres. Si en mi mano estuviera, yo rodearía al maestro del mayor prestigio y autoridad posibles.

En cada generación surgen seres encargados de una misión especial de Dios, cual es la de unir los esfuerzos de una generación que pasa con los esfuerzos de una generación que llega. Nobles obreros del progreso, forman por decirlo así, con sus propias manos, el carácter y el grado de civilización de las naciones. Las bellas artes no lo pueden todo en la cultura de los pueblos sin el concurso de los maestros. El ejército no tiene tanto poder para la paz o para la guerra, como aquellos hombres ocultos que en las aulas alumbran los entendimientos y dirigen las voluntades con la palabra y con el ejemplo; el veredicto de los magistrados y las discusiones en los parlamentos son el eco de sus enseñanzas; sin ellas enmudece la imprenta y la sociedad vuelve a la barbarie. El magisterio y el sacerdocio son dos factores indispensables de la civilización. Quien predica y evangeliza a los pueblos se llama enviado de Dios, pero hay una misión más estable y menos ruidosa, más fecunda y duradera, más radical y trascendental y es la que ejerce el maestro verdaderamente cristiano en sus discípulos y en la sociedad. Por eso se ha dicho que las naciones son lo que son sus maestros.

Una de las glorias más puras de la Iglesia católica es el sumo cuidado que tiene de la educación de la niñez y de la juventud.

Hace apenas tres meses que Nuestro Santísimo Padre Pío XI dirigió a los católicos de todo el orbe una encíclica llena de sabiduría, comparable apenas con las inmortales de León XIII, sobre la educación cristiana de la juventud. Al hablar de la misión educativa de la Iglesia dice: «Esta misión se extiende a todos los fieles de los cuales ella tiene solícito cuidado como madre cariñosa, tanto en las instituciones escolares como en las Universidades esparcidas por todos los países, y siempre por iniciativa y bajo la vigilancia de la Santa Sede. Tanto ha podido y sabido hacer la Iglesia, porque su misión educativa se extienda aún a los no fieles, por ser todos los hombres llamados a entrar en el reino de Dios y a conseguir la eterna salvación. Como en nuestros días esparce a millares las escuelas en todas las regiones y países aún no cristianos, desde las orillas del Ganges hasta el río Amarillo y las grandes islas y archipiélagos del océano, desde el continente negro hasta la Tierra del fuego y la helada Alaska, así en todos los tiempos la Iglesia, con sus misioneros, ha educado en la vida cristiana y civilizada a las diversas gentes que ahora forman las naciones del mundo».

Portaestandarte de esta acción divina y civilizadora de la Iglesia fue, en la República de Colombia, el doctor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Niño aún, cuando su padre don Ricardo, esclarecido poeta y pedagogo, regentaba en Bogotá el Liceo de la Infancia, atraía las miradas por la lucidez de su espíritu, su aplicación al estudio y la facilidad asombrosa con que comunicaba a los otros sus conocimientos. Ordenado de sacerdote en 1883, se consagró desde entonces, con celo especial, a

la defensa de la Religión y a la salvación de las almas por medio de la enseñanza y la predicación. Prefecto general del Seminario de Bogotá, Vicerrector después, fue párroco de la catedral desde 1890, Rector del Colegio del Rosario, Canónigo de la Basílica Primada, Director de la Academia Colombiana de la Lengua y miembro correspondiente de la española; en 1904 recibió, por privilegio del Sumo Pontífice, el diploma de Doctor en Sagrada Teología, y S. S. Benedicto XV lo condecoró con el título de Prelado Doméstico. Su admirable trabajo «Lo Antiguo y lo Nuevo en la Enseñanza» desbarata más de un sofisma de la pseudo pedagogía modernista. Su obra de Metafísica y Ética, de dialéctica convincente pero amena y atractiva, lo coloca en puesto prominente como filósofo cristiano. Colocado en la silla rectoral del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, como sucesor de Fray Cristóbal de Torres, Caicedo y Masústegui, fue por espacio de cuarenta años modelo acabado del profesor católico. Fue su empeño el hacer que en aquellos claustros se tuviera la Religión como fundamento y corona de toda instrucción, de manera que la formación de los jóvenes exhale, como dice León XIII, fragancia de piedad cristiana. Que si esto falta, si ese hálito sagrado no penetra y no calienta las almas de maestros y discípulos, bien poca utilidad podrá sacarse de cualquier doctrina; frecuentemente se seguirán más daños que provecho.

Centenares de jóvenes colombianos, sedientos de cultura y virtud, bebieron del agua de su cisterna y enriquecieron su alma con el oro de sus ejemplos. La Iglesia y la Patria tienen derecho a exigirles el rédito de estos tesoros recibidos como préstamo sagrado.

Desgraciados aquellos que, después de oír sus enseñanzas enmarcadas en el acero de su inflexible lógica, volvieron sus espaldas a la verdad y fueron como búhos

a esconder la debilidad de sus pupilas en el muro agrietado de sus insensatas preocupaciones!

El sacerdote cuya memoria honramos, no era solamente guardián, órgano y propagador de la verdad en los claustros de su Colegio, sino también en el púlpito y en los libros. Sabía que no se enciende la antorcha para esconderla bajo el celemín, como dice el Evangelio, sino para colocarla sobre el candelero a fin de que ilumine a todos los que están en la casa; que hay necesidad de ilustrar las almas y hacer brillar ante sus ojos la luz divina de la fe, predicando y catequizando, consolando y dando vida con la palabra y con el ejemplo. Confiáronle sus Pastores el depósito de la doctrina y de la enseñanza, y viósele desde entonces defender la fe contra los ataques del error y de la incredulidad; enseñar a los pequeños y a los grandes, en la paz y en la guerra, en tiempo y fuera de tiempo según el precepto del Apóstol. Como el precursor de N. S. Jesucristo cautivaba las multitudes que le seguían porque era como fuego que arde y da lumbre.

Cuando pensamos en la omnipotencia de la palabra de Dios, nuestro espíritu se confunde y anonada. Habló Dios, dice la Escritura, *dixitque Deus et facta sunt omnia*, y fueron hechas todas las cosas. Habló Dios y la nada se hizo fecunda, la luz inundó los espacios, la tierra se cubrió de maravillas y apareció el océano con sus misterios.

Esa palabra inspiró a Isaías cuando en su magnífico lenguaje contó a los hombres los arcanos del cielo; a Jeremías cuando bañados sus ojos en lágrimas, confió al eco de la soledad sus acentos de dolor y la amargura de su alma; a Daniel cuando reveló la caída de los imperios y mostró a los pueblos los tronos derrumbados, los cetros en pedazos y las coronas de los reyes por el suelo manchadas de sangre y lodo. El verbo de Dios

hecho Hombre habló al mundo y el mundo creyó en la palabra del Señor, y sus Apóstoles predicaron en todas partes. *ubique*, y llevaron el nombre de Jesús *usque ad extremum terrae*, hasta los últimos confines de la tierra. Habló Pedro y vinieron a tierra todos los ídolos de Roma: Pablo confundió con su palabra encendida a los sabios del Areópago. La palabra de Dios salvó al mundo del paganismo y lo civilizó.

Los padres y doctores de la primitiva Iglesia se hacen eco de esa palabra soberana con San Cipriano y Orígenes, San Ireneo, San Cirilo y el Crisóstomo. «Cuán hermosa e imponente es la palabra oficial de la Iglesia, dice un autor. En la cumbre de la jerarquía escucha el Papa la gran voz de Jesucristo y hace resonar sus ecos hasta las extremidades del mundo, y, unidos al Papa, los Obispos repiten su palabra, y preparan, envían, vigilan y dirigen a los propagandistas de la verdad. Los teólogos confían a sabios escritos los frutos de sus laboriosas meditaciones; los sacerdotes estudian durante largos años para convertirse un día en educadores del pueblo cristiano; los misioneros pasean de un lugar a otro su ardiente palabra y corren a despertar, al eco de las verdades evangélicas, los pueblos dormidos en las sombras de la muerte».

Desde las célebres catequesis de Alejandría, en donde se inmortalizaron Orígenes y Clemente y las homilias de San Crisóstomo que provocaban los aplausos de Constantinopla, hasta los sermones sabiamente didácticos de Bourdaloue en la capilla de Versalles, la arrebatada elocuencia de Lacordaire y los piadosos y macizos sermones de Cámara y Manterola, la palabra de la Iglesia cae sobre los pueblos como el rocío fecundante de la noche y resplandece como la luz del medio día.

Persuadido el doctor Carrasquilla de su altísima misión, y sabiendo que el sacerdote es órgano habitual y

cotidiano de la palabra de la Iglesia, la dispensó con generosidad a los fieles que se apiñaban al rededor de la cátedra sagrada, haciendo esta divina palabra atractiva, agradable y eficaz con los encantos de su elocuencia singular. Cuán animado se hallaba este grande hombre del espíritu de la Iglesia cuando dejaba oír su voz en la Basilica primada con aquella elocución sencilla, engalanada con el estilo de la edad de oro de la lengua castellana, para enseñar los misterios de nuestra fe sacados de las enseñanzas de la Escritura, los Santos Padres y la Tradición, como de fuente riquísima de salud.

Según el precepto del gran padre de la Iglesia, San Agustín, su discurso se desbordaba y corría a manera de torrente, y si hallaba en su camino flores de dicción, las arrastraba tras sí, a causa de la propia impetuosidad, pero no se entretenía en cogerlas para adornarse con ellas. Su elocuencia procedía del acopio de sabiduría cristiana con que había nutrido su espíritu y que hacía brillar en sus sermones con prudencia y discreción, sin movimientos afectados ni palabras artificiosas. ¿Cómo no había de producir su predicación los frutos de salud que estaba destinada a producir, si preparada como se debe, salía por sus labios, pura e incontaminada, de las mismas fuentes de la escritura y depósito de la Iglesia? Cuanto menos parte tenga en la predicación el elemento meramente humano y más abunde y se enseñoree de ella el divino, mayores y más ciertos serán los frutos que produzca. «Mi modo de hablar y mi predicación, podía decir con el apóstol Pablo, no fue con palabras persuasivas de humano saber, pero sí con los efectos del espíritu y de la virtud para que nuestra fe no estribe en saber de hombres, sino en el poder de Dios». (Cor. II. 4).

Muy bien sientan aquí aquellas palabras del sublime Isaías: «Y al modo que la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven allá, sino que empapan la tierra y la penetran y la fecundan, a fin de que dé simiente qué sembrar y pan qué comer, así será de mi palabra una vez salida de mi boca; no volverá a mí sin fruto, sino que obrará todo aquello que yo quiero y ejercerá felizmente aquellas cosas a que yo la envié». (LV-10.11),

Dos libros guardo yo, en mi modesta biblioteca, con fervoroso cuidado, y son: las «Oraciones fúnebres y panegíricos de Bossuet», y a su lado, en lugar preferente, los «Discursos y sermones escogidos» del doctor Rafael María Carrasquilla. El primero es el maestro, y el segundo, su discípulo más aventajado de Sur América. Cuando se leen los períodos armoniosos, portadores de la sabiduría cristiana del águila de Meaux, el alma se siente feliz con la posesión de la verdad católica; y cuando se repasan las páginas del rector del Colegio del Rosario, en aquella prosa sencilla y culta como la de Fray Luis de Granada o Diego de Estela, se sienten las dulces impresiones producidas por la profundidad del pensamiento, la pureza de la doctrina, elegancia del estilo y aquella difícil facilidad que constituye el carácter de la verdadera elocuencia. «Luz divina que alumbró y no ciega, incendio que penetra y abraza el corazón».

Y basta. Si yo hubiese tenido el intento de estudiar la personalidad del doctor Carrasquilla, sus obras, su ciencia, su profesorado, me hubiese sucedido lo que sucedería a un aprendiz de pintura que se propusiese imitar las grandes obras de Miguel Ángel o Rafael; arrojaría la paleta, tiraría los colores y rompería el pincel, desengañado de su atrevimiento y atormentado por la desilusión. Pero no ha sido esa mi intención, sino, como dije al principio, consagrar un recuerdo cariñoso al eminente sacerdote honor de la Iglesia colombiana,

y rendir tributo de admiración, en esta hora de profundo sentimiento, a un excelente compatriota que supo servir con eficacia los intereses de su patria.

Olas gigantescas parece que se precipitan sobre Colombia, silba el huracán azotando con furor el acantilado de nuestras instituciones cristianas, se oyen voces desaforadas que blasfeman contra todo lo existente, la sensualidad y la avaricia falsean los fundamentos de la sociedad, el horizonte moral se torna sombrío, no hay respeto a la verdad, está enhiesta la bandera del desorden, y, entre tanto, van desapareciendo uno tras otro los timoneros de la virtud y de la ciencia.

Que el Señor de las Naciones se apiade de nuestra patria amada dándole hombres que sepan dirigirla y engrandecerla, como la engrandeció el eximio varón cuya muerte lamentamos.

Al verlo colocado en el reino de Dios, muy cerca del coro resplandeciente de los doctores, oremos, con el amor que para él guarda el pueblo colombiano, para que hoy se haga eficaz aquella plegaria de la Santa Iglesia al despedir a sus hijos en los confines del tiempo y la eternidad:

Lux perpetua luceat ei.....

Que luzca para él la luz perpetua.

MONS. CARRASQUILLA

No esperamos a la muerte de este excelso varón para decir la admiración profunda que nos inspiraba. Las injusticias de la vida, que a nadie perdonan, tampoco lo perdonaron a él. Pero la muerte, que es un proceso de decantación, deja a los ojos de los contempladores el agua cristalina de los hechos grandes, así reconocidos, mientras la injusticia, aliada de los errores reales o aparentes de quienes fueron víctimas de la incomprensión